

PLIEGO SALMANTINO

Historia de una amistad

(Leopoldo Panero y yo)

En la primavera del año 36, allá en Sevilla, oí hablar por vez primera de Leopoldo Panero, creo que fue a Jorge Guillén, mi maestro, estudiaba yo entonces el último año de Letras en la Universidad, pero recuerdo con claridad que se refería a «los Paneros», a Juan y Leopoldo, del que yo había leído una colaboración en «Caballo Verde», revista poética que dirigía en Madrid, Pablo Neruda. Coincidiendo con la aparición de esta revista, Luis Pérez Infante, mi condiscípulo y yo habíamos fundado «Nueva Poesía», en el primer número un manifiesto iniciar había armado mucho ruido. A la hora de citar los cinco o seis mejores poetas españoles, se nos olvidó nada menos que don Antonio Machado, en cambio Juan Ramón, al que habíamos citado, acudió en nuestra ayuda, y nos escribió una carta que se publicó en la primera página de la revista, estaba escrita en caracteres arábigos, que denotaban un gusto complicado y caprichoso, una peculiaridad juanramoniana, que a nosotros, en nuestra simpleza juvenil, nos parecía algo maravilloso. Creo que sólo Antonio Machado, clarividente, veía claro en aquella mezcla de esteticismo y farza que constituía, aparte de otras cualidades de poeta genial, el fondo del lirismo de Juan Ramón, lo que había en él inauténtico, de colorista y de verbal; de impresionista, en suma. La mayoría de la crítica literaria madrileña, con malignidad manifiesta, confundió nuestros propósitos líricos con lo de la poesía pura francesa, a lo Valéry. Por lo demás, reinaba también Pablo Neruda, surrealista chileno, al que se admiraba tanto, y como poeta musicalmente oscuro y brutalmente caudaloso. Entre Juan Ramón y Neruda se repartían casi toda la clientela lírica española de entonces, mientras,

Antonio Machado, diamante en la sombra, fulguraba presagiando la lírica del porvenir. Por aquellos años a Leopoldo Panero le deslumbra Pablo Neruda, pero muy pronto volverá los ojos al brillo diamantino de la poesía de don Antonio; yo, en cambio, siempre le permanecía fiel, tal vez porque en mi poesía había una inicial influencia becqueriana.

Por los años 37, 38 y 39, en que se publica «Isla» en Jerez de la Frontera, dirigida por Pérez Clotet, Leopoldo Panero colabora de ven en cuando con estupendos sonetos, y me convierto en un fervoroso admirador de su poesía.

En el caluroso verano del 40, en la calle Narváez, conocí personalmente a Leopoldo Panero, nos saludamos como antiguos conocidos, intimamos en seguida y nos entendíamos a las mil maravillas. Era Leopoldo sobrio en sus ademanes, como buen castellano, parco de palabra, muy ponderado en sus juicios (que algunos creían que era trastienda y no querer comprometerse), luego se vió cuán fogosa era su manera de ser. Ha sido Leopoldo Panero el hombre más sencillo, más natural, menos engolado que he conocido. Los que hablan de su retoricismo, no se dan cuenta, que era un afán de perfección, de clásica pulcritud, que se manifestaba también en el atuendo, en la cuidada indumentaria personal. El hábito no hace por entero al monje, como la forma no define a la poesía de Panero; es más bien el meollo, el contenido, que más que metafísico es concretamente religioso, apoyado en la fe niña del poeta, y en su cielo azul y riente se cierne la paloma de la esperanza, y Leopoldo cantaba confiado, (sin angustia ni misticismo), en la misericordia Dios, escrita, como la espuma en el cantil, a cada instante. Descifrar esta escritura misteriosa es la misión del poeta. Es la fe clara de un niño, sostenida en la realidad de personas y cosas así el Teleno, la casa de Astorga, la Catedral, los abuelos, los padres o los hermanos, Juan y Rosario, todo ello envuelto en un ambiente de una mágica, compasiva y atónita ternura que va fluyendo del corazón del poeta. Hace poderosa a la poesía de Panero la fuerza del sentimiento, no posee el don imaginativo de un Bécquer o un Antonio Machado, es más realista, más asido al mundo y a sus cosas. Su poesía tiene reciedumbre de encina castellana, y una majestad formal y una amplitud de vuelo, que revelan la longitud de su onda lírica, aunque su obra más bien es breve y contenida, pues su exigencia lírica sólo le llevaba a escribir cuando se veía acuciado por la necesidad de hacerlo.

Durante los años 40 a 45 era Leopoldo Panero el poeta de quien más se esperaba, entre los de la generación del 36, y Luis Rosales tal vez el único capaz por entonces de hacerle sombra, reconocía, con esa generosidad que el poeta granadino ha prodigado para con los demás, lo extraordinario de la vena lírica de Panero. Era la época de la revista «Escorial»,

y yo solía aparecer algunas veces por allí, a veces estando de charla con Luis o Luis Felipe Vivanco, llegaba Leopoldo (aún lo estoy viendo) fino, cortés, mesurado, hablando en voz baja, y sonriente, aunque un reflejo oscuro, parpadeo o simple pestañear, delataba a la melancolía — incurable — en el fondo de sus ojos.

El año 1946, coincidiendo con las nieves de enero, vine yo a Burgos para desempeñar una cátedra de Literatura, que había ganado mediante oposición. El 47 estuve en Madrid como juez de unas oposiciones varios meses, busqué a Leopoldo y charlamos. Recuerdo muy bien que Panero distinguía entre el poeta y el simulador, el partía de la base de ser poeta, pero luego el tamaño, la grandeza e incluso trascendencia del poeta, se la dejaba al tiempo. Nunca hacía Leopoldo gala de su cultura, ni de su conocimiento de la lengua inglesa, ni de su enorme caudal de lecturas. Se expresaba con mesura, casi con cautela, con singular llaneza, y muy comportados y discretos los gestos, en ocasiones su faz enrojecía y se advertía un temperamento sensible y una pasión concentrada.

Fiel siempre a nuestra amistad, llegó el 1949 en que Leopoldo Panero publicó «Escrito a cada instante», me lo envió dedicado, y le escribí diciéndole lo mucho que me había gustado. Era el verano del 49, y en agosto fui a Valladolid a donde estaba Jorge Guillén, en una finca de las afueras del llamado Pinar, enfrente se alzaba el cerro de San Cristóbal, famoso luego por ser el que le inspirara su poema «Luz natal», que en aquellos días estaba escribiendo. Hablamos del libro de Panero, y salieron a relucir los nombres de Rosales y Valverde, que por entonces habían publicado libros de versos.

Vinieron después unos años decisivos para mi vocación de escritor en verso y prosa, publiqué varios libros, se acrecentó mi actividad creadora, y cada vez me compenetraba más con mi Burgos adoptivo. El 53 publicó su «Canto personal», Leopoldo Panero, y no me lo envió; no pude, pues, enjuiciar este libro. Nuestra amistad, sin embargo, continuaba; yo vivía, concentrado en mí mismo, trabajando, soñando. El 56 publiqué «La vida misma», y se lo envié como los cuatro o cinco libros anteriores, sin esperanza de que me escribiera, o me dijera nada, como suele uno hacerlo con los amigos muy queridos. Cuando, un buen día, ojeando el «Blanco y Negro» del 26 de junio del 57, me encontré con una magnífica crítica honda valiente y afirmativa, escrita muy generosamente, con mucho cariño por mi poesía y por mi persona. Hacía notar Leopoldo que la tierra de Burgos, tan solitariamente hermosa, desnuda y militar, entraba por vez primera en la entrañable geografía lírica a través de la obra de Ruiz Peña.

Seguimos escribiéndonos Leopoldo y yo, ahora con más frecuencia,

el año 58 publiqué «Cuadernos de un solitario», y le envié un ejemplar, le había dedicado uno de los poemas en prosa del libro, el titulado, «La gloria». Leopoldo no me dió su parecer sobre el libro, creía yo que no le había gustado, cuando en la primavera del 60 recibí un libro titulado «Romances y canciones»; de pronto me encontré con un romance dedicado a mi libro; era un romance bello esbelto, de gran calidad lírica, al leerlo me emocioné de veras, fue algo inolvidable, pues allí derramaba Leopoldo, expresaba, su callada amistad. Con razón decía en su «Arte poética»:

más que decir palabras ser su propia fragancia
y estar callado, dentro del verso, estar callado.

Al final casi del invierno del año 60, nos concedieron a Leopoldo y a mí, respectivamente, una pensión March de Literatura. El 13 de enero del 61 coincidimos en Madrid, en el acto en que nos hacía entrega, de una parte de los que habíamos de cobrar, y salimos naturalmente eufóricos, pocas veces ven los poetas recompensados sus esfuerzos con algo, y aunque Poe decía que la poesía no era un fin propuesto sino una pasión, y que las pasiones no deben, ni pueden ser suscitadas en vista de las mezquinas compensaciones de la humanidad, o de sus todavía más mezquinos elogios. No obstante, José M.^a Souvirón, Ignacio Aldecoa, Leopoldo y yo caminábamos jubilosos, y es que los poetas son seres humanos, y no ángeles, aunque a veces una luz angélica brille ferozmente en sus ojos.

En diciembre del 61 publiqué «Nuevas Memorias de Mambruno». Se la envié a Madrid, a la calle Ibiza. «Estoy sentado en la terrosa cumbre de la calle de Ibiza, en la terraza de un bar», había escrito el poeta. Pero antes de mandarle el libro, le envié el recorte de un periódico, a donde había escrito fragmentariamente sobre él, así en una carta escrita el 18 de septiembre del 61, me había dicho: «Me he sentido por unos momentos personaje imaginativo de tu Mambruno, que vale tanto como decir de tu poesía y de tu amistad a lo largo de tantos años. Pero además de tu preciosa evocación poética encuentro una profunda comprensión (¿cómo podía ser de otro modo?) de mi actitud lírica y de lo que he querido siempre hacer y esperar, si Dios quiere, continuar haciendo en mis versos».

En los primeros días de enero debió Leopoldo Panero recibir mi libro, y el 15 de enero recibí una carta autógrafa, lo cual me sorprendió, pues Leopoldo solía escribirme a máquina. Esta carta del 62, fue la única que recibí aquel año, y la última; viajé mucho en aquel 62, falté meses de Burgos, y anduve tan atareado que no tenía tiempo para ocuparme de nada. Transcribo aquí íntegra su carta última por considerarla de mucho interés en el desarrollo de la historia de nuestra amistad.

Madrid, 15 de enero de 1962

Sr. D. Juan Ruiz Peña
Burgos

Querido Juan: Ayer pasé la tarde del domingo —con la sensación de una tarde de domingo en provincias— leyendo tu Mambruno, acompañándole en sus idas y venidas, y deplorando su ausencia definitiva. Ni que decir tiene que pasé una tarde deliciosa, lenta y bien saboreada y que sentí de verdad que el libro se acabara entre mis manos,

Las palabras que me dedicas, y que ya conocía gracias al recorte que en su día me enviaste, no pueden ser más amigas y generosas. Gracias por ellas y gracias siempre, y eso es lo que importa, por la pureza, la sencillez, la honda verdad sostenida, de tu poesía en prosa o en verso.

Estoy seguro que el domingo que viene echaré de menos un libro como el tuyo, porque la especie, desgraciadamente, abunda poco.

Un abro muy fuerte de

Leopoldo.

Aquel año del 62, ya lo he dicho, fue muy trabajoso para mí; a finales de junio volví de Tarragona cansado, sin ganas de escribir, enfermo, gracias a Dios que el verano fresco y delicioso me devolvió la calma, pues Burgos es en esta época un paraíso umbroso; de pronto, el 27 de agosto, y la noticia como un fúnebre y siniestro relámpago en los periódicos, y mi corazón fulminado por el rayo destructor de la muerte, pues con él moría también mucho mío. Había muerto Leopoldo Panero, mi entrañable amigo Leopoldo. uno de los mejores poetas españoles de todos los tiempos.

JUAN RUIZ PEÑA.